

PLUMAS y
LAPIZ



NÚM. 77

WANDA BORISSOFF



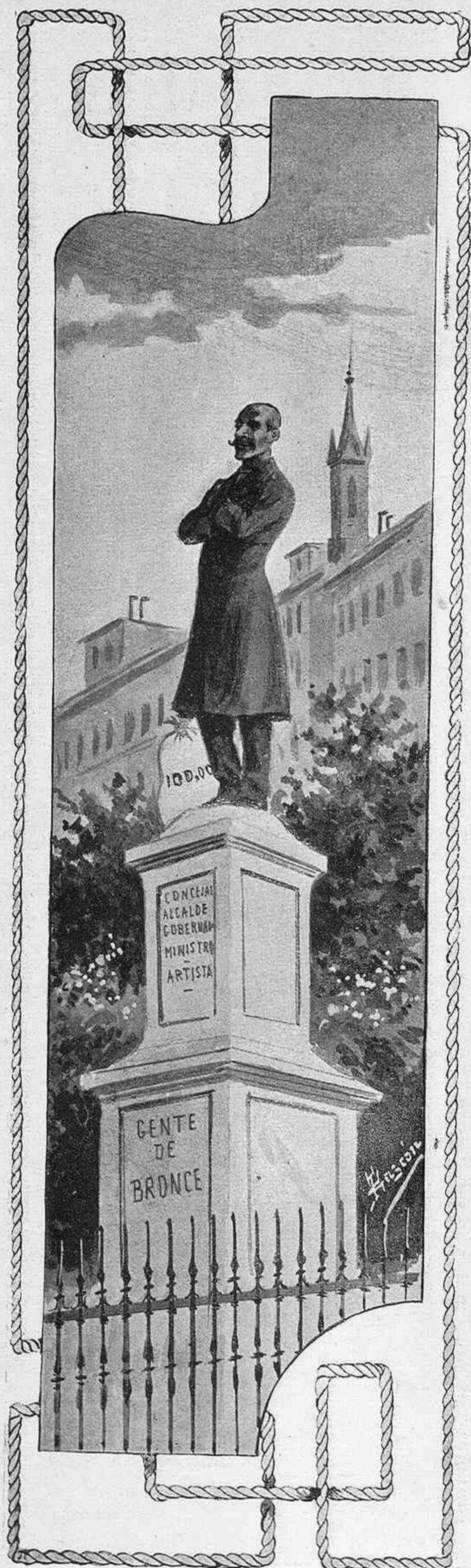
FEAS ARTES

(Conclusión)

PRINCIPIO DEL FIN

ARTISTAS FEOS INDIRECTOS

A todos y á ninguno
mis advertencias tocon.



En el nombre del Padre, etc.

(Cierta desasosiego no me permite comenzar esto de otra manera). Dios ponga circunspección en mi pluma para que no resbale tocando puntos que tocar no debe y alarmando con ello á ciertos *puntos*, que no sería imposible leyeran los presentes apuntes.

Porque el caso es que aquí, aunque rápidamente, hemos de rozarnos con un personal muy numeroso, con multitud de tipos á quienes no se pretende ofender; muy al contrario, se les da las gracias por el contingente *artístico-feo* que á esta sección aportan.

Como en nuestra nación fueron tanto tiempo señores de muchos territorios las más excelsas figuras de las FEAS ARTES, hállanse por doquier diseminados hondos vestigios é imperecederos recuerdos de los grandes y animosos varones que legaran aquéllas. Por eso de todos lados surgen enciclopedistas *artístico-feos*, quienes modernizando los procedimientos clásicos, transfórmanlos en otros más en armonía con los presentes tiempos, excluyendo el que fué principal factor de las fechorías de sus antepasados, el valor personal.

Piensan bien. ¿Por qué han de exponer su vida y su libertad en los caminos reales? Esos rasgos heroicos propios de las edades pasadas van cayendo en desuso. Pocos son los que se prestan á ellos. De ahí la existencia de los *artistas feos indirectos*.

Las FEAS ARTES *indirectas* alcanzan hoy un éxito asombroso, han llegado á su máximo esplendor. Por eso son tantos los que se dedican á ellas, que en ningún momento podemos confiar en que seguirá en lo sucesivo siendo nuestro lo que es de nuestra pertenencia, puesto que continuamente hay quienes estudian la manera de desbalijarnos con pulcritud y esmero y en millares de casos con tal delicadeza que no nos quede ni el derecho de reclamar lo perdido ni aun el consuelo de llamar en voz alta por sus nombres á los que nos han desposeído.

Porque convengamos en que la palabrita ladrón hay que mirar cómo y á quién se suelta, pues por lo áspera que es no se ha hecho para oídos delicados, por cuanto no puede pasar de cierta esfera social.

¿*Procedimientos indirectos* relacionados con las FEAS ARTES? No sé fijamente si lo serán los que siguen.

Muchos maldicientes señalan á caballeros que han adquirido elevadísima posición y son por todos considerados, ensalzados, agasajados, y buscada su valiosa influencia con empeño. Con *artes feas*, pecaminosas, se dice que, burlando hábilmente las leyes, han logrado hacer emerger sus riquezas al tiempo que se sumergían las de otros, ó parte de las del Estado, y hoy tan encumbrados se hallan que pueden repartir entre sus paniaguados prebendas, animándoles para que dignamente les sucedan en sus proezas. Esos son la

crema de las FEAS ARTES, la nota más brillante de ellas. Esos desconocerán siempre totalmente lo que son grilletes y cadenas. ¿Quién sabe si á su muerte se les erigirán estatuas? Paréceme haber oído que ya ha sucedido eso. ¿Dónde? ¿Quién lo sabe? Igual puede haber sido en Galicia que en otra parte.

De lo cual se desprende, al parecer, que hasta lo que entre la gente de bronce se llama chanchullos y estafas y entre personas de viso irregularidades y defraudaciones, pudiera haber sido alguna vez premiado. A ser cierto tendríase que dar la razón al autor del popular epigrama:

En tiempo de las bárbaras naciones
colgaban en las cruces los ladrones.
En el siglo que llaman de las luces,
del pecho del ladrón cuelgan las cruces.

Por orden de categorías — aún hay clases — según las esferas en que han ejercido ó ejerzan su arte, podríanse enumerar bastantes nombres que suenan en los labios de todos. Respetables ex ministros, ex senadores, ex diputados, que supieron gobernar mejor su hacienda que la de la nación; orondos vistas de Aduanas que cegaban á tiempo; administradores de grandes casas que hoy son dueños de ellas mientras que los que lo fueran antes mendigan por las calles; ex contratistas que cobraron varias veces lo que no sirvieron; banqueros quebrados en falso; explotadores de minas que no han existido; contrabandistas que contrabandearon desde lujosas oficinas, etc., etc.

Si me atreviese á intercalar aquí las compañías monopolizadoras... No, que se podría decir poco de ellas.

La de los explosivos, por ejemplo, es tan benigna que, á veces expende proyectiles propios para la carabina de Ambrosio, de esos que no hieren. Ellos sí que lo están de muerte desde que los confeccionaron, pues hay muchos contrahechos é inutilizados y otros vaciados.

La de las cerillas .. Bastantes de éstas están amarillas, como si padecieran de ictericia; otras, al igual de ciertas personas, han perdido la cabeza. Millares de cajas están incompletas, quizá porque al ir á encerrar los mixtos, huyeron, imitando á algunos ratas. Se susurra que los huídos sólo han existido en la imaginación de los fabricantes. Hay imaginaciones muy fosforescentes. No les ocurre eso á las cerillas.

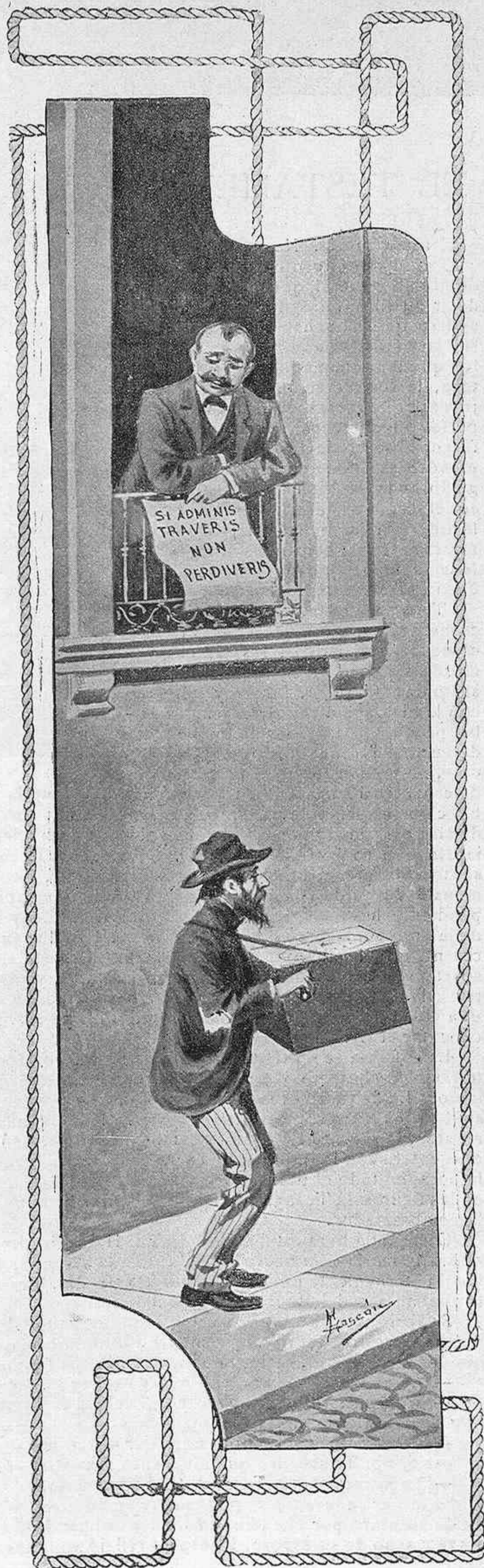
La del tabaco... Tienen la palabra los fumadores. (Tapémonos los oídos).

Va cundiendo la afición á los monopolios. En cuanto varios confeccionadores de una misma cosa se cansan de hacerse la competencia, reúnen, pónense de acuerdo, forman un *trust* y encarecen el género cuanto pueden, en bien de los consumidores.

Siguen en orden los grandes sofisticadores, envenenadores lentos, pero seguros, del pueblo; luego los que en menor escala adulteran cuanto se come y se bebe por procedimientos químicos. Luego... qué sé yo... Si son tantos los *irregularizadores*, ó como quiera llamárseles...

Acabemos, si no con ellos, con esta sección de FEAS ARTES, en las líneas que siguen.

JULIO VICTOR TOMEY



EL TESTAMENTO

TERESA moría. No era preciso ser muy inteligente para verlo. La debilidad general que no le permitía dejar su sillón, las dos rosas de mal agüero que manchaban la palidez de sus mejillas apenas empezada la noche, luz que moría cuando la del sol se ocultaba, la densa creción de aquel cuerpo juvenil que meses atrás hubiera sido perfecto modelo para una Afrodita, el fulgor obscuro de los ojos, zafiros esplendentes donde parecía haberse refugiado toda la vida que abandonaba aquel sér, la tristeza del semblante, que la alegría y la dicha reflejaban pocos meses antes, delataban los progresos de la consunción que no perdona la marcha implacable del mal.

Teresa se moría. Las flores más delicadas y raras, los muebles más ricos y cómodos y artísticos, los tapices más costosos, los cuadros donde mejor se armonizaban línea, forma y colorido con la idea, los últimos libros que había producido la labor de los literatos de gusto más refinado, no alegraban sus ojos, no podían servir de distracción y de consuelo á su espíritu. Las ventanas de la amplia habitación se abrían de par en par, dejando entrar torrentes de aire perfumado por las plantas y flores que crecían en el iardín que rodeaba la casa. A lo lejos, sobre el mar azul, centelleaban los últimos rayos del sol poniente, y entre la inmensidad líquida y la ancha faja de verdura que subía en suave pendiente hasta las montañas, la mancha enorme y blanquecina de la gran ciudad, cuya potente vida se adivinaba en el rumor incesante que llegaba, en alas del manso aire, hasta aquella estancia apartada del mar y de la montaña, de la ciudad y sus suburbios, isla rodeada de una vegetación frondosa, oasis en cuyo seno se extinguía una vida que pudo haber conocido todas las felicidades y que desaparecía entre el silencio de la naturaleza.

La enferma se sentía mejor aquella tarde. Por dos veces se levantó para mirarse en el espejo y una sonrisa, entre sardónica y alegre, erró por sus labios. La fiebre coloreaba ya sus pómulos y prestaba brillo á sus ojos de un azul tan obscuro como el de las violas. ¿Cómo no guardar esperanza cuando la riqueza, la juventud y el amor estaban de su parte? De aquéllos daban testimonio los muebles, los tapices, la casa entera con la innumerable servidumbre; la juventud persistía á pesar de la demacración en la frente, en la boca, en todo el perfil, puro y firme como el de un camafeo, en la línea del cuerpo apenas ondulada, como en las figuras de Tenagra; la llama del amor brillaba en los ojos. No podía engañarse acerca de ella quien fuese buen observador.

En aquella hora estaba Teresa sola. Había salido su madre poco antes, y despidió á la doncella diciéndola que la llamaría si la necesitaba. Junto á la ventana, hundida en su sillón, absorbía toda su atención el espectáculo eternamente nuevo de la muerte del día. Era de noche. Teresa seguía mirando sin ver y sus pulmones aspiraban con deleite la frescura del aire.

Se abrió una puerta, una mano hizo jugar un botón eléctrico y la estancia se inundó de luz. Teresa, volviendo el rostro, sonrió alegremente á un hombre que se adelantaba hacia ella y que la besó en la frente. El que llegaba era alto, recio, membrudo. En sus facciones se leía la inteligencia, la fuerza y la voluntad.

—¿Cómo estabas tan sola, Teresa? — preguntó á su esposa.

—Mamá ha salido hace poco y he dicho á Rosa que se retirara. Quería estar quieta y sola durante un rato, hoy que me siento mejor que otros días.

—¿Es un capricho de niña mimada? — replicó con ternura su marido.

—No, no. Te aseguro que me siento muy bien, Juan, y quería pensar en ti, que me abandonas.

—¿Yo abandonarte, Teresa? ¡Qué alma sería!

La mujer se levantó y apoyándose en su brazo le condujo ante un espejo. Empinándose cuanto pudo, pasando su brazo por el cuello de Juan y obligándole á inclinarse, juntó su carita pálida y menuda con el rostro grave y sano de su esposo. El espejo reflejó aquellas dos imágenes y Teresa sonrió de nuevo.



—Así, — dijo, — así querría estar siempre, junto á ti, sin apartarme de tu lado como la sombra no se aparta del cuerpo, como mi pensamiento no se aparta de ti. Mira, — prosiguió con volubilidad, — dentro de unos días, cuando ya esté restablecida, iremos al campo y allí, corriendo y jugueteando por el monte, como cuando hicimos nuestro primer viaje de novios, volveré á fortalecerme.

El leve esfuerzo que representaban aquellas palabras y los pocos pasos que había dado por el cuarto, fatigó á Teresa, que se sentó de nuevo. Durante unos momentos dejó de ver el rostro de Juan, y entonces todo el dolor que éste sentía se reflejó en aquél.

Aproximó una silla y, tomando las manos de la joven, las besó una tras otra y las conservó entre las suyas, —No creas que durante tu ausencia haya estado inactiva. Si me atreviese...

—¿Y por qué no has de atreverte?

—Porque temo que te ofendas.

—¿Enfadarme contigo? Ya sabes que jamás ha sucedido tal cosa.

—Me he atrevido á obrar por mi propia cuenta, y quizás lleves á mal lo que he hecho.

Juan miró á su esposa con tanta ternura, que comprendió que reinaba como rey absoluto en su corazón.

—Cuanto hagas, ahora como siempre, bien hecho está. A nadie debes rendir cuentas, pues ya sé que mi Teresa es incapaz, no de hacer, sino de imaginar siquiera, nada que yo no pueda aprobar.

—Sin embargo, ya verás como me riñes. Sé franco, Juan mío; ¿no he estado estos días en peligro de muerte?

La pregunta fué tan brusca y tan impensada que Juan se estremeció.

—Ves... ¿Callas?...

—No, no digas locuras, Teresa, — replicó con energía, — no has estado ni remotamente en peligro; nadie puede haberte dicho tamaña atrocidad; nadie puede habértela hecho creer.

—No, Juan; nadie me lo ha dicho, pero yo lo he creído; y, ayer, temiendo empeorar y sabiendo que tú estarías fuera esta tarde...

—¿Qué hiciste?

—Pues hice avisar á un notario; y ese notario ha venido... y he hecho testamento.

—¡Teresa! ¡Teresa! — dijo Juan, con tal angustia, que la enferma comprendió toda la inmensidad de su amor.

—Porque sé lo mucho que me amas, Juan, no he querido marchar de este mundo sin darte una prueba de cariño y de que constantemente me acuerdo de ti. La ley te arrojaría de esta casa si yo muriera, y eso, por egoísmo, no lo puedo yo consentir: en este cuarto y en ese jardín, donde tan felices hemos sido, no quiero que resuenen otros coloquios de amor. Me parecería una profanación. Esta casa, así como el resto de mi fortuna, serán tuyos, Juan. Únicamente he legado á mi madre las alhajas de familia; para ti he guardado aquel hilo de gruesos brillantes que me ceñiste el día en que por primera vez tus labios se juntaron á los míos.

—¿Dónde está el testamento? — preguntó.

—En la arquilla. ¿Quieres leerlo?

—Sí.

Un momento después, Juan tenía el papel en sus manos.

—Oye, Teresa. Bien sabes que si tú morías quedaría poco menos que pobre y que no tengo vocación de mártir. Sabes, además, que de ti á mí no puede haber ofensa por cuestiones de intereses. Pues bien; te juro que si un día, ojalá yo no lo vea, creyera que la muerte se acerca á ti, no me opondría á que me nombrases tu heredero; pero como ese caso no ha llegado, como todo han sido aprensiones de muchacha mimada y miedosilla; por si alguna conservaras ¡miral

Y, al decir esto, rasgó el pliego y tiró los pedazos por la ventana.

Teresa le había dejado hacer sin chistar. La mejoría que advirtió aquella tarde y que la llenaba de esperanza, estaba confirmada por la acción de su marido. Cuando los últimos restos de aquel papel, que equivalía una fortuna, cayeron al jardín, abrazó á su esposo, radiante de alegría, y dijo:

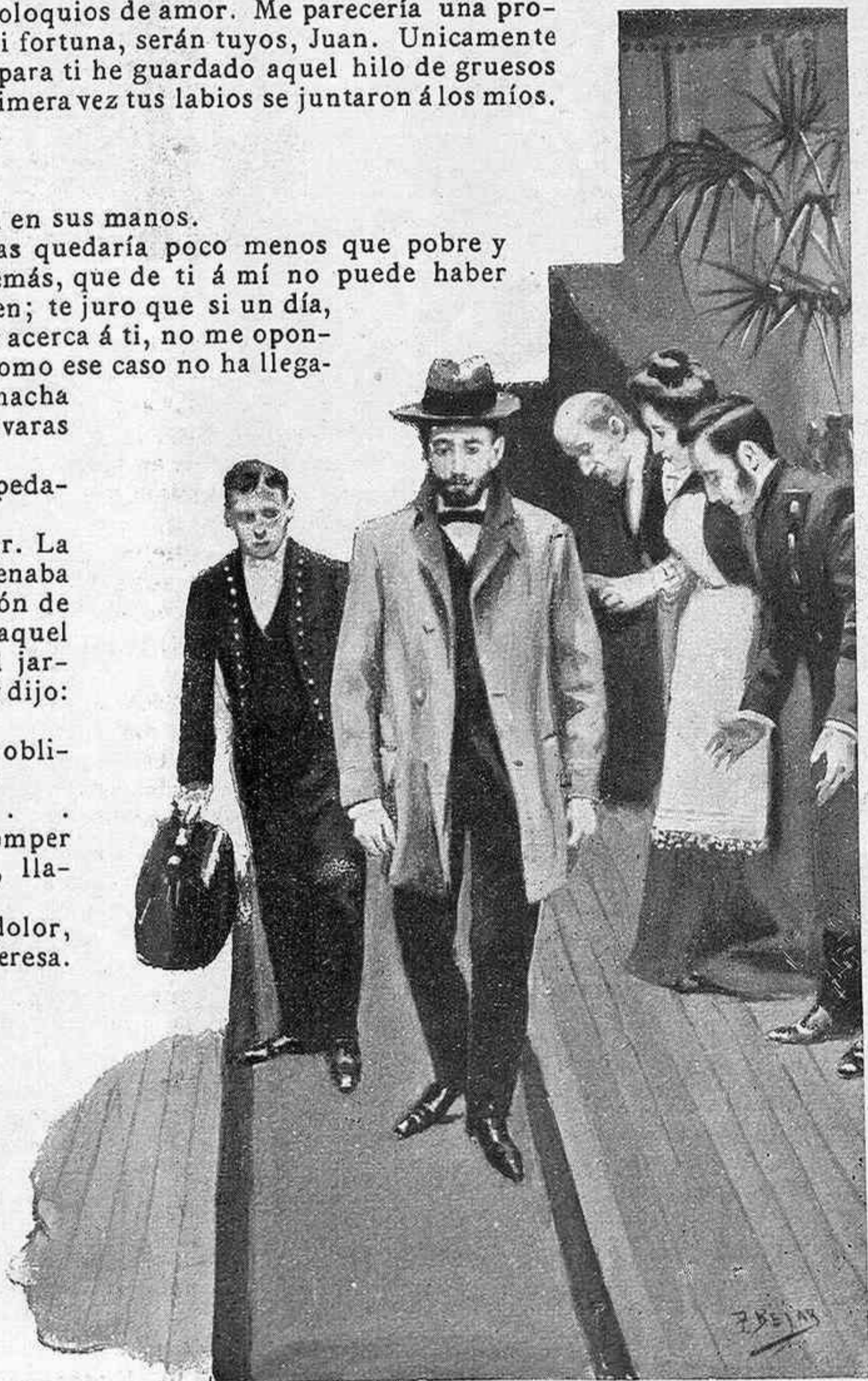
—Sí, sí; te juro que curaré muy pronto.

—¡Egoísta! — replicó Juan sonriendo y obligándola á sentarse de nuevo.

Juan sabía que su esposa iba á morir; al romper el testamento aniquilaba su independencia, llamando á la puerta de la pobreza.

Ocho días más tarde, quebrantado de dolor, acompañaba al cementerio el cadáver de Teresa. Grande era su dolor; pero por lo menos la adorada muerta no supo que se moría, no abandonó este mundo con el espectro del espanto dentro de sus ojos.

A la mañana siguiente del entierro, Juan salió de aquella casa para no volver jamás á ella. Su ayuda de cámara llevaba en una maleta lo más indispensable, y los demás criados, que se alienaron para ver pasar á su amo, al ver su porte digno y firme, su tristeza y su orgulloso desinterés, se inclinaron mucho, casi hasta tierra.



R. M. DE LATORRE

TRAICIONERICA

A Vicente Medina.

Por uno más rico m'aja la ingrata ;
por uno más rico y quizá su amor,
no puea compararse s'iquiá una miaja
al que siento yo.

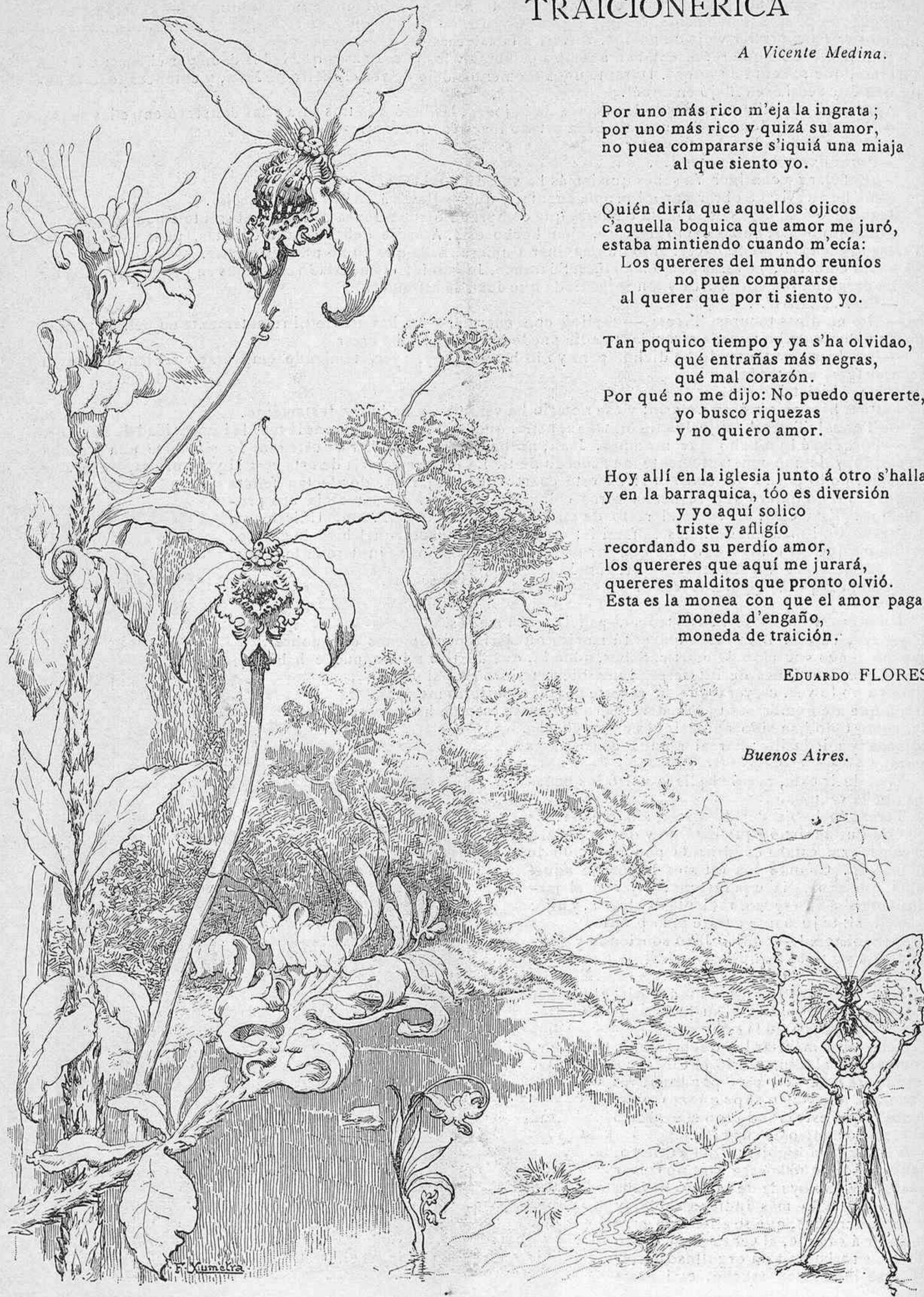
Quién diría que aquellos ojicos
c'aquella boquica que amor me juró,
estaba mintiendo cuando m'ecía:
Los quereres del mundo reuníos
no puen compararse
al querer que por ti siento yo.

Tan poquico tiempo y ya s'ha olvidao,
qué entrañas más negras,
qué mal corazón.
Por qué no me dijo: No puedo quererte,
yo busco riquezas
y no quiero amor.

Hoy allí en la iglesia junto á otro s'halla
y en la barraquica, tóo es diversión
y yo aquí solico
triste y afligío
recordando su perdío amor,
los quereres que aquí me jurará,
quereres malditos que pronto olvió.
Esta es la monea con que el amor paga,
moneda d'engaño,
moneda de traición.

EDUARDO FLORES

Buenos Aires.



Orla de F. XUMETRA.

LA MUERTE DEL DR. ROBERT

NUNCA más cruelmente ha patentizado la muerte que no le es dado detener su destructora marcha por nada ni por nadie; á ser potestativo en ella al usar ó no de los derechos que le confirió la naturaleza, seguramente hubiera respetado esa existencia tan útil á la patria y provechosa á la humanidad, de cuya irreparable pérdida una y otra tardarán en consolarse.

En esa ley fatal que nos condena á desaparecer para siempre, después de un tránsito más ó menos penoso, la Providencia debía haber establecido excepciones en favor de los seres excepcionales que como el doctor Robert, reunieran en sí, por raro privilegio, cuantas bellas cualidades pueden enaltecer á un hombre: talento, laboriosidad, honradez y patriotismo.

Desgraciadamente, no existen tales excepciones, y el doctor Robert ha pagado el común tributo á la tierra, en edad relativamente temprana, cuando estaba en la plenitud de sus facultades intelectuales y en el apogeo de su gloria.

El 10 de Abril será, en lo sucesivo, una triste efemérides, una fecha luctuosa para los propagandistas de la ciencia y los defensores del regionalismo; pues unos y otros han perdido en él un bravo é infatigable campeón.

El inesperado fallecimiento del doctor Bartolomé Robert causó una impresión en extremo dolorosa, sobre todo en Barcelona, donde más c'e cerca se apreciaban su valer como médico y su acendrado amor al país. Los compañeros de profesión que, en número considerable, le rodeaban en aquel aciago momento, con ser hombres acostumbrados á presenciar la terrible lucha de la muerte contra la vida, lloraban de pena y de coraje ante la imposibilidad de salvarle, y apenas, con la celeridad del rayo, cundió la fatal noticia, la emoción se hizo general, como si de repente se hubiera extendido sobre la ciudad una nube de tristeza.

En todos los semblantes reflejábese honda pesadumbre, lo propio que en las conversaciones todas, deplorándose amargamente el prematuro fin de aquel sér superior que en la cátedra y en la clínica, en el Municipio y en el Parlamento, había dado repetidas puebas de sabiduría, abnegación, grandeza de alma y fe ciega en sus regeneradores ideales.

Su entierro, que se verificó en la mañana del día 12, fué una pública



Fot. Matarrodona.



LA PLAZA DE CATALUÑA Á LA HORA DEL ENTIERRO

Fot. J. Bofill.

ENTIERRO DEL DOCTOR ROBERT



EL PASO DE LA FÚNEBRE COMITIVA POR LAS RAMBLAS

FOTOGRAFÍA DIRECTA, OBTENIDA CON OBJETIVO COOKE, POR LA CASA HELIUS. — RONDA DE SAN PEDRO, 5. — BARCELONA



PASO DE LA COMITIVA POR LA PLAZA DE CATALUÑA

manifestación de duelo, tan espontánea, tan imponente, que no recordamos haber presenciado otra igual. Los aguaceros continuados con que el firmamento parecía asociarse al dolor de los barceloneses, no impidió que éstos presenciaran el paso de la fúnebre comitiva, ya desde los balcones y ventanas, ya hundidos materialmente en el agua, deseosos de rendir el último tributo al ciudadano ilustre que de ellos se separaba para siempre.

Las instantáneas que en esta hoja extraordinaria publicamos, dan, mejor que pudiera nuestra pluma, idea exacta de esa conmovedora despedida.

El doctor Robert ha brillado en España como maestro de la ciencia y como gran innovador político, siendo de alabar la rectitud de su sana conciencia y el tesón con que defendía sus convicciones.

En el extranjero era una entidad que logró respetos y encomios en las más doctas corporaciones científicas.

Con su muerte, Barcelona, Cataluña, España, la Ciencia y la Humanidad están de luto.

Barcelona, porque ha perdido uno de sus defensores más entu-



PASO DE LA «SENYERA DEL ORFEÓ CATALÁ»



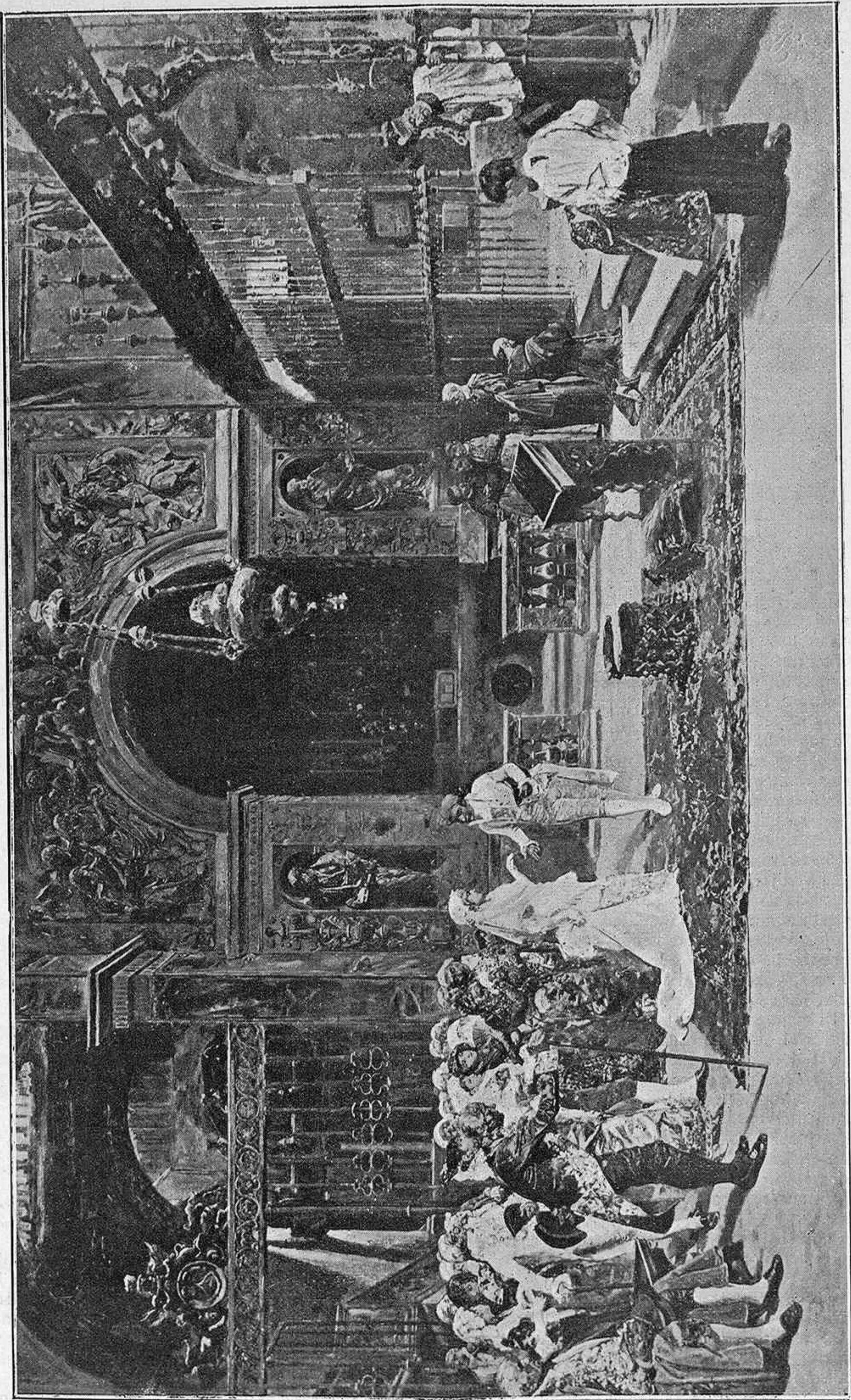
DESFILE DE LAS CORONAS

siastas, uno de sus hijos más ilustres, un campeón de sus derechos y un propagador de su gloria en el Parlamento, á donde lo mandó con su representación: Cataluña, porque como Barcelona tenía en él un admirador, un hijo querido, un talento y una voluntad á su servicio, puesta con la fe y con el entusiasmo de los creyentes; España, porque gloria suya era contar en su seno, entre sus naturales, un hombre de su talento, un sabio cuya reputación hacía universal; la Ciencia, porque el doctor Robert era uno de sus apóstoles más dignos, y la Humanidad, en fin, porque como médico, como político, como sociólogo, como fisiólogo y como hombre la honraba y la favorecía.

¡Descanse en paz el ilustre finado, y que Dios haya acogido su alma en la mansión destinada á los justos!

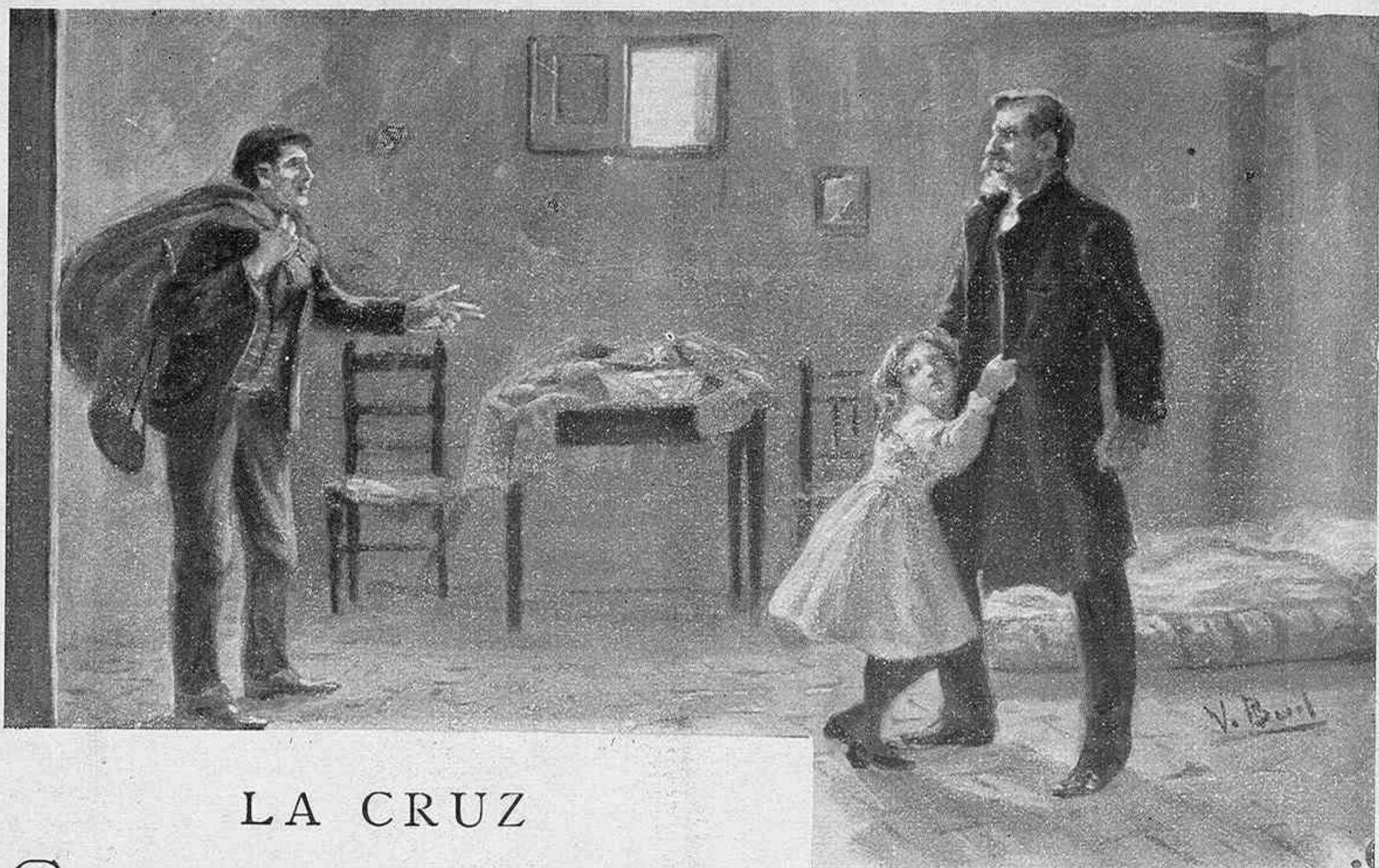
PLUMA Y LÁPIZ toma parte en la consternación general y envía de todo corazón á su atribulada familia, el más sentido pésame por la pérdida inmensa que acaba de experimentar.

Fotografías de Jaime Bofill.



UNA BODA Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX.

Fot. de J. Laurent y C.^a



LA CRUZ

CUANDO el trapero penetró en aquel cuchitril obscuro, verdadera lobera, apenas iluminada por un agujero en funciones de ventana, abierto junto al techo, se quedó suspenso un instante, á pesar de su hábito, de entrar con la hoz en los hogares de la miseria. Un colchón en el suelo, por toda cama, dos sillas cojas y una mesa de pino desfondada: he ahí el ajuar de la estancia. Un viejo escuálido, de mirar apagado, hecho un andrajo le recibió, y una niña descolorida, que clavó sus ojos temerosos en el ropavejero, se agarró al gabán destrozado del anciano al aparecer el corredor de pingos. Fácilmente se adivinaban en los dos inquietos, abuelo y nieta.

Sobre la mesa hallábase estendido un antiguo uniforme de teniente de infantería del año sesenta, con su pantalón celeste y su poncho pardo, colgando en la parte izquierda del pecho una cruz de plata de San Fernando. Estando el paño gastado se conservaba, sin embargo, en buen uso, adivinándose unas prendas guardadas cuidadosamente en la cómoda al ser substituídas. Aquello era una reliquia sagrada, el objeto de un culto, defendido hasta el último trance. Todo el ajuar de la casa había, sin duda, desfilado por delante, se había dado la preferencia en el sacrificio á los muebles, á las restantes ropas pero al fin, estrechando el hambre, salía á la lúgubre palestra el escondido tesoro, la página santa de una vida, el recuerdo de gloria que la miseria iba á arrojar á la fosa común de las catástrofes íntimas.

—¿Cuánto da usted por esto?

La voz del anciano temblaba al hablar. Señaló al uniforme sin mirarlo, como si le faltase el valor para clavar sus ojos en las prendas veneradas, como si temiese que cobrando de pronto su semblante fuera á leer en ellas el reproche amargo por su venta.

—Poco vale,—exclamó el trapero, porque en realidad poco valía y procurando, por ley del oficio, rebajar la mercancía, para sacarla á más corto precio.

¡Pocol! El viejo estalló, estalló el sacerdote que oye profanar y menospreciar su altar, estalló el corazón lleno de dolor al que ha hecho rebosar la última gota que ya no cabe en él. ¡Pocol!...

—Sabe usted lo que ese uniforme significa,—gritó el viejo, volcando en sus palabras pena é ira.—Está usted hablando con un veterano de los que ya no queda apenas uno vivo; de aquellos antiguos oficiales que se batieron en Africa á las órdenes del gran O'Donnell, y ese que ve usted ahí es mi primer uniforme, el uniforme con que hice toda la campaña, que agujereó una bala permitiéndome el inmenso placer de derramar mi sangre por la patria. Caí en Tetuán, y el mismo general me puso por propia mano la cruz. Por eso lo guardaba intacto en la cómoda, resuelto á no separarme de él mientras viviera, á legarlo á mis hijos ya que no pudiera dejarles cosa de más positivo valor, como una prenda de gloria y una prueba de abnegación.

Calló un instante arrollado por la emoción, pausa que aprovechó el trapero para decirle, como extrañando aquella miseria:

—¡Pues por el tiempo que hace, ya debe usted de ser coronel lo menos!

Debería de serlo, de haberlo sido hacía ya muchos años y no le habría sorprendido de capitán la dolencia que le obligó á separarse del servicio, trayéndole tan horrible secuela de contrariedades, la última de las cuales, en holocausto á la pobre nietezuela agarrada medrosamente á su gabán, último superviviente de toda una familia perdida, manteniale allí, humillado ante el trapero que con la lógica instintiva é inconsciente del pueblo, había venido á revolver todos sus dolores con sus palabras, y lo que era más cruel, estaba en su presencia, llamado por él, para llevarse aquel uniforme honrado y glorioso al que quería casi tanto como á la niña confiada por Dios á su debilidad de desamparado y de viejo.

De sus labios iracundos fué á caer como una protesta sangrienta cuanto le hervía en el pecho, pero tuvo fuerzas para contenerse, para exclamar sólo con triste dignidad:

—¡Lo sería si no hubiera sido un tonto!

Y luego, añadiendo con brusco tono, «¿con que cuanto da usted por el uniforme?» Vencido por el dolor del

sacrificio y quizás más prosaica y cruentamente por la debilidad física, vióse precisado á sentarse como pudo en una de las sillas cojas, que crujó bajo su peso, mientras el trapero, mirándolo en silencio sin añadir más comentario á aquel dolor ignoto, con la rudeza habitual del oficio, soltando el talego repleto que conducía al hombro y dos ó tres trastos heterogéneos que traía en la cama imperial del trofeo, consideró la ropa, la palpó, la dió mil vueltas ¿era el corazón del anciano el ruido que se advertía en la estancia? Y al cabo terminó la profanación exclamando lacónicamente:

—Tres pesetas.

No pestañeó el viejo, aumentando únicamente la sombra de su rostro á la vez que sofocando un rechinar de dientes y clavando sus ojos, sin darse cuenta en la niña, como diciéndola con las elocuentes pupilas: «¡por ti lo hago!» murmuró: «hecho,» sacando en seguida el trapero las tres pesetas que dejó sobre la mesa y disponiéndose á coger las prendas santas para cargarlas al hombro. Pero de pronto, inopinadamente, soltándose de la mano de la amedrentada criatura, la faz demudada, cortó la acción al trapero y agarrando el poncho gritó:

—¡Oh; no! ¡La cruz no entra en el trato! ¡Se me ha olvidado quitarla!

—¿Que no entra? Pues entonces no hay nada de lo dicho. Es lo que más vale, es de plata. Inútil porfiar. Quédese usted con el uniforme.

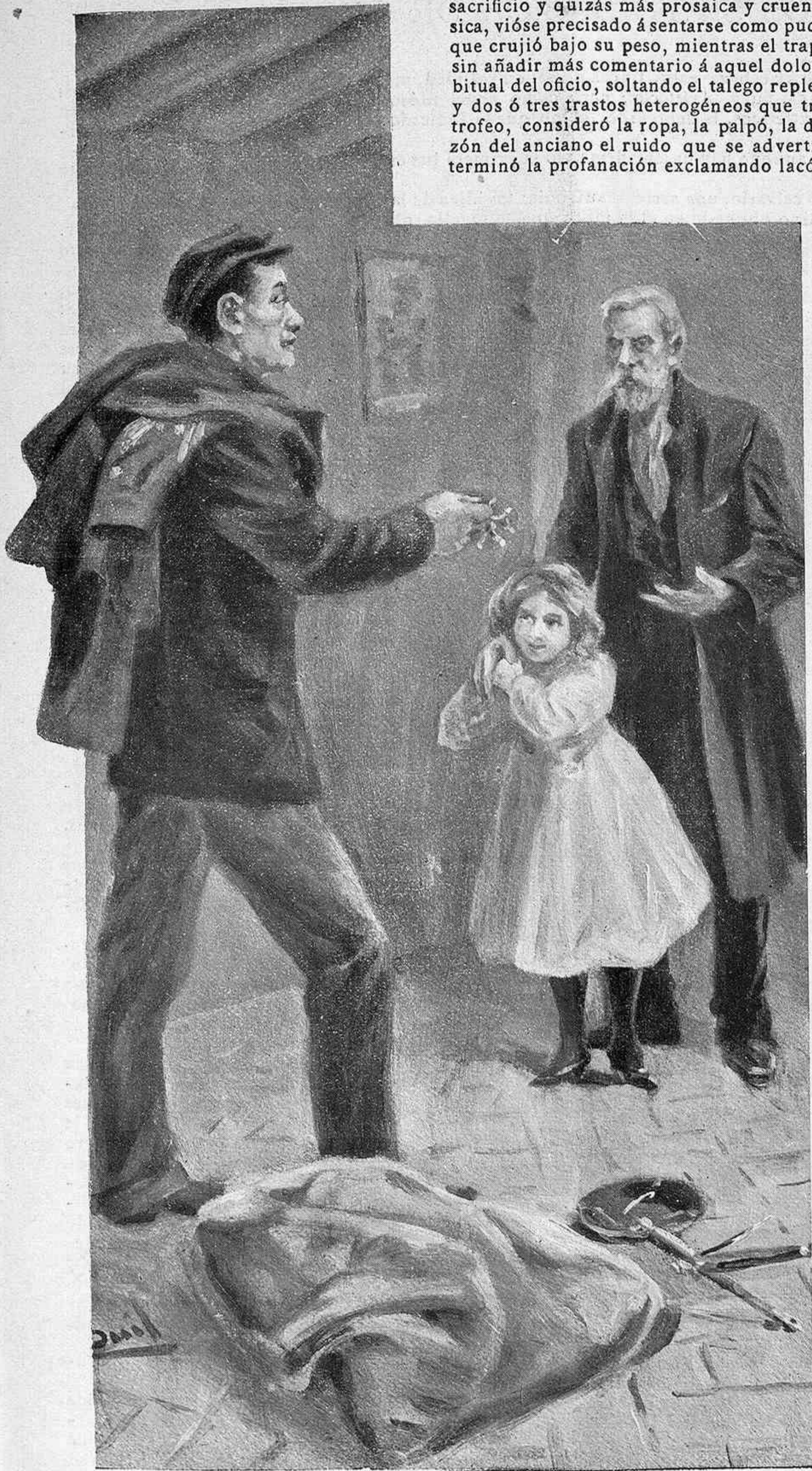
Y el trapero va á irse sin la ropa y en cuanto se vaya la nietecita va á pedirle pan al pobre abuelo! ¡Oh cruz bendita, el único testigo de un día feliz, de un día honroso, de un día de gloria, del día de Tetuán! ¡adiós para siempre!

Y he aquí que de pronto el trapero arranca la insignia del pecho de la levita y con una voz que al anciano le parece que viene de lo alto, dícele sencillamente entregándole la santa reliquia, á la vez que se echa al hombro las prendas:

—No lllore usted, buen hombre. Yo he sido también soldado y sé lo que son estas cosas. ¡Quédese usted con su cruz!

ALFONSO

PÉREZ NIEVA



Ilustraciones de V. Buil.



LOS SIETE SABIOS DE GRECIA

EL nombre del sabio que encabeza estas líneas no es, en realidad, más que un apodo puesto por Sócrates; su nombre verdadero es, pues, *Aristocles*; pero como aquel filósofo, Sócrates, al ver la anchura de su frente y la de sus hombros atléticos, le denominó, como queda indicado; el apodo ha quedado como su verdadero nombre.

Platón nació en Atenas, aunque hay quien afirma vió la primera luz en Agina el año 429 antes de Jesucristo y murió en 347.

Su vida fué un verdadero calvario, una serie de sufrimientos hijos de la envidia perseguidora, de ese tremendo sufrir que parece el destino obligado en el hombre que descuella sobre los demás en todo tiempo y lugar.

PLATÓN



Dibujo de JOSÉ M. MARQUÉS.

Desde el momento en que cometió su primer crimen de sabio, publicándolo, en su juventud, un poema épico, comenzó á cebarse en él la envidia; pero era asaz grande su espíritu para que la atonía fuera la cadena que sujetase su poderoso ingenio y su grande imaginación. Antes, por el contrario, continuó trabajando con más fuerza, con mayor ahinco en sus producciones.

Pasados algunos años, cuando llegó á intimar con el gran filósofo Sócrates, Platón entregóse por completo al estudio de aquella ciencia.

A partir de aquellos momentos, el calvario del sabio acentuábase más en arideces y espinas; los enemigos de su maestro lo fueron también suyos, adquiriendo otros nuevos á medida que sus triunfos se hacían más patentes. Cuanto más clara y con mayor intensidad se mostraba la hermosa luz de su saber, más obscura y más amarga era la negrura de la envidia á cuya sombra sus mordiscos se hacían más vivos. Muerto su maestro, Platón hubo de trasladarse á Magena donde fué discípulo de Euclides, el dialéctico. La sed, seguramente, del saber llevóle á Italia, donde aprendió á los pitagóricos Arquitas de Tarento y Eudasio de Guido, yendo luego á Egipto y á Sicilia más tarde.

Allí le esperaba una nueva decepción: Dionisio el Antiguo que le profesaba cordial rencor, tomóle como esclavo y le vendió á un lacedemonio, el cual le condujo á Agina, donde fué rescatado por Dión.

Establecido en Atenas, fundó una Escuela bajo los árboles de la Academia y en los incalculables disfrutes de la enseñanza, cuando el que la da lo hace por el deseo exclusivo del bien, permaneció el sabio durante veinte años. Dión, su protector, instóle para que volviera á Sicilia y así lo hizo; pero desterrado su amigo hubo de recurrir á mil medios, incluso al del favor, para lograr el indulto de aquél. Todo en vano.

Dión continuó en su destierro y Platón, descorazonado por las mentidas ofertas de Dionisio el Tovar, regresó á Atenas, donde falleció en la fecha antes citada.

Las obras de Platón alcanzan todas las ramas de la ciencia y están escritas al diálogo, considerándose apócrifas las tituladas Alcibiades II, Teages, los Amantes, Híperco, Minos, Erisia y Clitofonte.

Para terminar estos ligeros apuntes diremos que, el hombre, según Platón, es un alma encarnada, unida primitivamente á las ideas primordiales del bien, de la bondad y de la belleza, se separó de éstos al encarnarse tomando forma humana; pero en su unión con el cuerpo recuerda lo pasado y le atormenta el deseo de volver á él. Las ideas típicas de que se acuerda son percibidas por el pensamiento y como inmateriales son del dominio del alma. Todo lo variable y accidental al cuerpo y que es accesible á nuestros sentidos y á nuestros órganos, pertenece al dominio de la materia.

R. B. GIRÓN



1.—¿Qué va usted á tomar?
—Café. Tráigase usted unas gotas de ron.



2.—Las dos. Es muy temprano, tengo tiempo para todo.



3.—Leeré *El Imparcial*... Esto es muy curioso...



4.—Lo que deben ser las fiestas de Mayo. Hombre, sí: Yo también daré mi opinión.



5.—Las tres y media y este camarero sin venir.



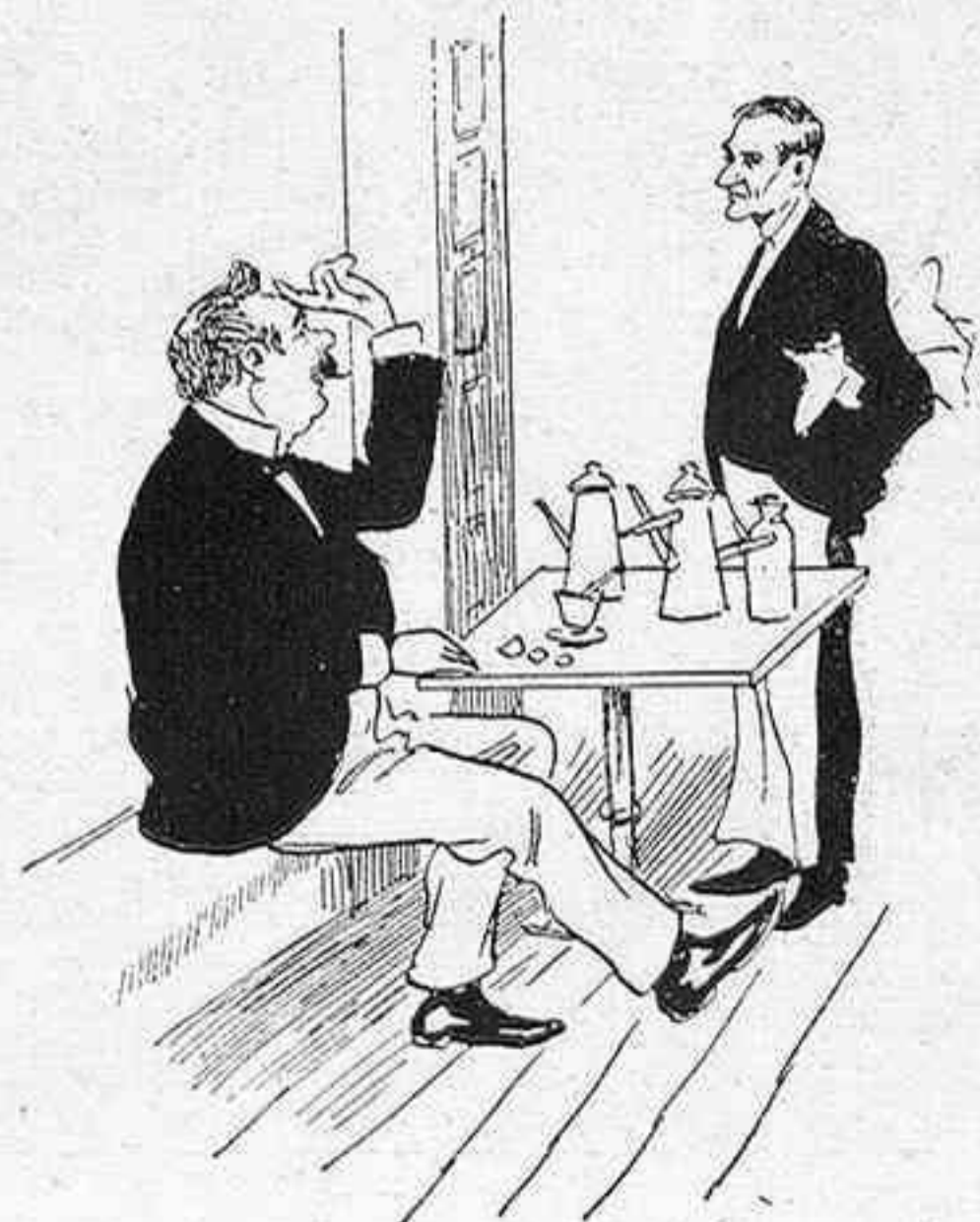
6.—Pues sí: en las fiestas de Mayo, las chicas mantilla y claveles, nada de sombreros.



7.—¡¡¡Las cuatro!!! ¿Y este camarero? ¡Ah! vamos, la casualidad le trae por aquí.



8.—Oiga usted mozo: yo le conozco á usted y no sé donde...
—Si no ha sido en Fornos...
—No,... y yo le conozco...



9.—O en San Sebastián...
—¡Ya caigo! Usted es el mozo que cuando entré aquí me preguntó: «¿Que va usted á tomar?»

